

masas y al populismo. De los líderes e intelectuales falangistas el más influido por el filósofo catalán fue, sin duda, José Antonio Primo de Rivera, lo que resulta patente en su insistencia en los valores clásicos, en la jerarquía, en su concepción imperial y del hecho nacional. Distinta fue la posición de Ledesma Ramos, que nunca perdonó a D'Ors que se negase a colaborar en *La Conquista del Estado* y que no dudó en acusarle públicamente de «deshonestidad intelectual». En cuanto a su concepción del Imperio, ésta hacía referencia a la expansión territorial por el norte de África y la reconquista de Gibraltar. La organización territorial propugnada por Ledesma debía mucho más a la preconizada por Ortega en *La redención de las provincias* que al catalanismo. Con respecto a Giménez Caballero, creo que el autor enfatiza en exceso su influencia política e ideológica.

A estas pocas objeciones a la monumental obra de Enric Ucelay añadiría otra. Y es que en su mayor virtud —es decir, en el deslumbrante rigor exhaustivo documental— se encuentra su mayor “defecto”, porque un volumen de este tamaño precisaría bien unas conclusiones sintetizadas al máximo, o bien una versión abreviada del libro a fin de hacerlo llegar a un público mucho más amplio.

Pedro Carlos González Cuevas

Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano, *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la Transición (1973-1976)*, Barcelona, Crítica, 2003, 392 pp.

De la ya numerosa bibliografía existente sobre la Transición, este libro tiene un especial interés, no sólo por el profundo análisis histórico y la necesaria distancia con que se abordan los acontecimientos, sino, sobre todo, por la muy completa utilización de fuentes de archivo y de documentos hasta ahora inéditos que hacen de este trabajo un auténtico libro de historia. Los autores tratan de reconstruir los dos años y medio en que Carlos Arias Navarro estuvo al frente del último gobierno de Franco y del primero del rey, pero no desde un punto biográfico, a pesar de haber utilizado los papeles privados del que fue presidente del gobierno, sino desde una perspectiva mucho más amplia: la de un complicado proceso de cambio político que tiene sus raíces en los últimos años del franquismo. Porque «nada se entiende de la Transición si se parte tan sólo de la muerte de Franco. Todavía menos si se despacha lo sucedido con una simple enumeración de los cambios sociales previos o con unas generalidades acerca del agotamiento del sistema político. Resulta inevitable explicar el cómo y el porqué del proceso político de aquellos años y encontrar sus claves fundamentales», y eso es precisamente lo que han hecho Javier Tusell y Genoveva G. Queipo de Llano con la maestría de dos consumados historiadores.

Una de las cuestiones más interesantes que se abordan en este libro es la que se refiere a las relaciones entre la Iglesia y el régimen. Los autores analizan con profundidad las claves que hicieron posible que una institución como la Iglesia, que había sido un apoyo esencial en el triunfo franquista y en la consolidación del Nuevo Estado, a comienzos de la década de los años setenta —la fecha clave la sitúan en el

año 1971 con la declaración de la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes— comenzara claramente a desvincularse del poder y cómo la mayoría de la jerarquía eclesiástica —los dos tercios del episcopado calculan los autores— fueron adoptando cada vez posiciones más críticas frente al régimen. También está presente en esta obra la protesta política y social, la cuestión militar y el fracaso de la vía continuista que supuso la Ley de Asociaciones.

Arias Navarro aparece en este libro como un político oscuro, gris, dogmático y sin capacidad para percibir la realidad. La mayoría de los políticos que estuvieron a su lado nos lo presentan en sus memorias como «un extraño personaje», una especie de «acomplejado psicológico» y sólo Ossorio, Garrigues y Martín Villa se muestran algo menos cáusticos con su persona. Los autores se acercan a la figura de Arias Navarro sin prejuicios, de manera objetiva y ponderada: «Contrariamente a la imagen que de él se suele ofrecer —escriben— Arias Navarro no se situaba en la extrema derecha del régimen franquista, sino que siempre osciló entre ella y una actitud mucho más aperturista, de la que fue expresión el discurso del 12 de febrero». Y frente a quienes lo tildan de «zafio patán», ignorante de todo, afirman que «era buen orador de gesto y de palabra para lo que estilaba en la época [...] fue un gestor activo y su biblioteca revela una cultura extensa y no sólo jurídica». Aunque a lo largo del texto se pueda percibir que Arias Navarro es tratado con una cierta benevolencia, presentándolo como un sincero aperturista, el juicio que finalmente merece su actuación política, sobre todo durante el tiempo en que estuvo al frente

del primer gobierno de la monarquía, es claramente negativo. Es precisamente durante estos meses — desde diciembre de 1975 a julio de 1976— cuando Arias Navarro mostró más claramente su incapacidad como rector de un gobierno poco homogéneo que en vez de impulsar el proceso de apertura y liberalización se encastilló en posiciones claramente continuistas, con permanentes alusiones al legado de Franco, y que además no sintonizó en absoluto con el rey.

Las difíciles relaciones entre Juan Carlos y Arias Navarro, que son analizadas con gran detenimiento en este libro, se pusieron de manifiesto en el mismo momento de la configuración del gobierno y fueron empeorando progresivamente hasta que el rey decidió forzar su dimisión en julio de 1976 y elegir como sucesor a Adolfo Suárez, una especie de “tapado”, que no se había destacado especialmente por su aperturismo cuando fue ministro secretario general del Movimiento. Aunque parece comprensible que, en diciembre de 1975, Juan Carlos no se atreviera a prescindir de Arias y que incluso le interesara que continuara al frente del gobierno para que impulsara la sustitución de Rodríguez de Valcárcel por Torcuato Fernández Miranda en la presidencia de las Cortes, no se entiende muy bien que, conseguidos estos objetivos y tras los continuos desatinos del gobierno a lo largo de los seis primeros meses de 1976, el rey no se hubiera decidido antes por nombrar otro presidente, sabiendo que se estaba jugando la corona y el porvenir colectivo.

El panorama político durante estos meses era francamente desolador para un gobierno cuya única actividad era intentar sacar adelante un confuso

proyecto reformista, «cuya única finalidad –en palabras de Fraga, autor en lo esencial de dicho proyecto– era buscar la continuidad del franquismo como un medio de permanencia de la clase política activa durante el régimen». Lo importante era seguir manteniendo el poder y para ello había que controlar el proceso de reforma, cambiar lo menos posible, evitar que comunistas y separatistas pudieran ser legalizados y dar cabida en todo caso a las fuerzas socialdemócratas, pero teniendo siempre la garantía – según expresión de Fraga– de que «no habrá nunca riesgo de que las izquierdas manden en España con este reforma».

Pero ni siquiera esta tímida reforma logró salir adelante, tropezando con la inoperancia de una Comisión Mixta Gobierno–Consejo Nacional, que tras numerosas reuniones no resolvió nada. Todo esto en medio de una profunda crisis política, reconocida por el propio Arias, que tras los sucesos de Vitoria, mostraba a sus ministros un panorama desolador en el que «la universidad está sublevada, nadie apoya al Gobierno, la prensa está enfrente sin excepción; hay una conspiración militar larvada que frena las reformas [...] se anuncia un nuevo gironazo [...] hay un sentir unánime del la clase obrera hostil al gobierno». Mientras tanto, en palabras de Areilza, «el gobierno está prisionero del búnker y de los Servicios de Información [...] y aquí no hay posibilidad, ni propósitos ni deseos de dialogar con nadie. El franquismo sin Franco –que era su moderador– se prepara otra vez a gobernar con los peores métodos de su larga y triste historia».

José María Marín Arce

Ángeles Egido y Matilde Eiroa (eds.), *Los grandes olvidados. Los republicanos de izquierda en el exilio*, Madrid, Centro de Investigación y Estudios republicanos, 2004, 463 pp.

Desde hace tiempo hay una mayor aceptación en reconocer que los valores republicanos tienen, hoy en día, una vigencia clara en todo el mundo occidental. Ideales como la libertad, la igualdad o la solidaridad se consideran pilares irremplazables de nuestra sociedad democrática. En el mismo sentido, el reconocimiento del legado que la República, o mejor dicho el republicanismo, ha aportado a la sociedad española actual es cada día más apreciado por amplios sectores de la ciudadanía. Esta circunstancia no ha sido una tarea fácil para un país como el nuestro que tuvo que soportar, durante casi cuarenta años, la identificación del republicanismo como uno de los principales culpables del “caos” reinante durante los cortos periodos republicanos en los siglos XIX y XX y que, además, fue el preámbulo de una cruenta guerra civil.

El libro editado por Ángeles Egido y Matilde Eiroa va más allá de lo que su título indica, y da un paso importante en la revisión de la historia del republicanismo español. Una revisión que contribuirá a borrar el estigma que todavía pesa sobre el régimen republicano en España, y que reivindica su importante papel en la modernización de nuestra sociedad.

Para la realización del libro, las editoras han contado con la colaboración de importantes expertos en cada una de las cuatro partes en las que se articula la monografía. En la primera